



Ponente¹

FERNANDO LÓPEZ REGO

Ex miembro de los Servicios Jurídicos y de Exterior de la Unión Europea

Gracias, Carmen. Y muy buenas tardes.

La verdad es que, cuando el pasado mes de junio el Director de este Congreso me invitó a venir, me llevé una alegría, porque sabía que iba a ser un placer estar aquí. El problema vino luego, cuando me enteré del título de la mesa redonda: *Católicos en su profesión*. Y digo el problema porque, habiéndome jubilado hace 14 meses, no sabía si tendría que hablar de las actividades profesionales de las últimas décadas o de los últimos meses. Finalmente, con un criterio acumulativo, voy a decir un poquito de todo.

Yo me licencié en Derecho en la Universidad de Barcelona, pero empecé a trabajar aquí, en Madrid, en la calle Marqués de Cubas, en el despacho de Óscar Alzaga, Gregorio Marañón y Bertrán de Lis. Luego pasé a Barcelona, a la oficina de Garrigues Walker y, cuando tenía 31 años, fui parte del primer grupito de españoles que contrató la Comisión Europea para los trabajos de apoyo a la negociación de adhesión de España y de preparación de esa adhesión. En la primera etapa, por tanto, fue ir y venir de Madrid a Bruselas constantemente; luego estar permanentemente en Luxemburgo, defendiendo a la Unión Europea, normalmente, en mi caso, contra el Reino de España. Y luego ya entré tres años en un miniservicio jurídico de relaciones exteriores y cooperación, negociando acuerdos internacionales, mediando en conflictos internacionales, dando asistencia jurídica a la red de delegaciones de la Unión Europea por el mundo. Cuando pienso en los ocho años en Bruselas, lo primero que me viene a la cabeza, desde el punto de la fe, es el Hogar Católico Europeo que frecuenté de una manera muy asidua. Es esta una asociación internacional de laicos que se fundó en 1963, con el objetivo de dar un receptáculo a la vida religiosa de los funcionarios europeos; luego, por ampliación, internacionales, y a sus familias.

Desde el primer momento, el arzobispo de Malinas-Bruselas encargó la atención espiritual a los jesuitas por pensar que, en un contexto como era

¹ Transcrito por audición.

ese, el de la función pública europea internacional, la espiritualidad ignaciana era adecuada. Era muy curioso acudir al Hogar Católico Europeo para una liturgia en español, que venía precedida de una en italiano, seguida de otra en francés, en inglés, alemán; hoy me dicen que incluso mucho, sobre todo, en polaco y en coreano. Fue una grandísima experiencia. Como dato curioso o anecdótico, que no tiene mucho que ver, precisamente, con la espiritualidad ignaciana, ese Hogar Católico Europeo es la sede de la hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Bruselas, por la insistencia de los funcionarios españoles.

En esa etapa, en esos ocho años en Bruselas, tanto los cuatro antes de la entrada en vigor del tratado de adhesión como los cuatro siguientes, una parte esencial de mi trabajo, yo diría que casi predominante por indicación del director general del servicio jurídico y de los comisarios españoles, fue predicar la Unión Europea en Bruselas a grupos de españoles que iban allá de visita, incluso en Alemania, también en verano, en cursos para españoles; y, sobre todo, por toda la geografía española. Y ahí me dediqué y se me vio el plumero de católico, al poner en un muy primer lugar, y en el programa, dos temas que me parecían esenciales: el de las raíces cristianas de Europa y el de la motivación católica de los padres de la integración europea.

Hablar de las raíces cristianas de Europa no era forzado en absoluto, puesto que las raíces cristianas son las fundamentales de Europa. Cuando a Paul Valéry le preguntaron: “¿Qué es Europa?”, de una manera que no era una *butade* intelectual, sino muy concreta, precisa y directa de responder a lo que se le preguntaba, dijo: Atenas, Roma, Jerusalén; Grecia clásica, antigua Roma, cristianismo. Obviamente, lo que quería dar a entender es que, más que una noción geográfica, Europa era una cultura de substrato de nuestras culturas nacionales en los países de esta parte del planeta, y que esos aportes habían conformado la Unión Europea. Los romanos, la organización de infraestructuras físicas, la organización administrativa, el derecho; los griegos, la aventura del pensamiento, que superó la mentalidad mítica en cuanto a la explicación de los fenómenos para pasar a la racionalidad, siendo así precursores de todas las disciplinas. Pero el cristianismo, como religión, como *Weltanschauung*, es decir, como cosmovisión que responde a los interrogantes esenciales de la vida, es la que aporta a la cultura europea su núcleo, su antología, el valor respectivo de los seres, muy diferente del del paganismo anterior, la antropología, la ética.

Todos los europeos, seamos creyentes, agnósticos o ateos, estamos permeados por una cultura que tiene en su núcleo al cristianismo. Y pensé que valía la pena ponerlo de relieve, porque había quienes querían silenciar esas raíces cristianas de Europa, como se puso de relieve luego, unos años

después, al discutirse el texto del preámbulo para la constitución para Europa, que finalmente no entró en vigor por rechazada en referendos celebrados en Holanda y en Francia, pero en donde hubo quien se opuso a que, en el preámbulo, se mencionaran las raíces cristianas de Europa, finalmente, cuando ya se les ponían evidencias históricas indiscutibles delante, alegando que eso podía enajenar de la identificación con Europa a los miembros de otras religiones y, concretamente, pensaban, a los miembros de otra religión.

Los padres fundadores de Europa tenían todos como motivación fundamental su fe católica. Adenauer, Schuman, Alcide de Gasperi, eran los tres católicos fervientes de misa diaria, cuya fe les permitió superar las animadversiones extremas, los prejuicios nacionales de unos contra otros en Europa, que habían llevado a nuestro continente, entre otras cosas, a tres guerras, cada vez más devastadoras por el avance de la tecnología en el espacio de tres generaciones. Ellos tuvieron la amplitud de mira, la generosidad para emprender la senda de la amistad y de la colaboración. Adenauer, el renano de Colonia, que fue primero luchador antinazi y luego el primer canciller de la República Federal Alemana, era un hombre del que Paul Johnson, un historiador de Oxford, católico también, que escribió la historia de Europa más prestigiosa o más reconocida que existe, dijo que tenía una imperturbabilidad como una estatua de caoba. Probablemente esa serenidad, esa imperturbabilidad es porque tenía su centro de gravedad en su interior, por su fe. De Schuman, ¿qué decir? El obispo de Metz, en Lorena, promovió una causa de canonización que superó la fase diocesana y está hoy ya en la congregación para las causas de los santos en Roma, a la espera de un milagro para ser beatificado; es el símbolo de la Unión Europea, puesto que era luxemburgués de nacimiento, francés de nacionalidad y alemán genéticamente. Su padre era de origen alemán; ministro francés de Asuntos Exteriores, primer presidente del Parlamento Europeo. Y con Alcide de Gasperi, tres cuartos de lo mismo; hay quien propugna que se abra un proceso de beatificación. En todo caso, el fundador de la democracia cristiana es una persona que fue admirada, entre otros, o ha sido admirada por Benedicto XVI, que siendo el cardenal Ratzinger, hizo un trabajo sobre él, titulado *Alcide de Gasperi, un ejemplo de coherencia entre fe y política*.

En esta etapa, en esos ocho años en Bruselas, conocí a algunos religiosos que me impresionaron especialmente; por ejemplo, un dominico al que Pinochet había expulsado de Chile y se fue a Bélgica y que, a pesar de tener la típica dificultad para aprender idiomas propia de los castellanos de esa generación, hizo la carrera de Derecho en Bélgica, en la Universidad Católica de Lovaina, solo porque se daba cuenta de que había muchos presos en las

cárceles que no habían tenido una defensa adecuada. Estudió Derecho a su edad y pese a su poca facilidad para los idiomas. La que más me marcó, y con la que mantengo amistad hasta nuestros días, es una hermana de la Consolación, sor Amparo, que había hecho su carrera, si se permite la expresión, en África, en Burkina Faso, y a la que mandaron a Bruselas para ocuparse de los emigrantes españoles; pero se ocupó de sus vecinos de barrio, que eran refugiados religiosos y políticos del Kurdistán. Cristianos ortodoxos y que hablaban el arameo como lengua materna; venían del Valle de Aram [ininteligible] en el Kurdistán, y eran personas impresionantes. Por citar una anécdota, la puerta de la calle siempre abierta, como señal de bienvenida al que llegara; siete u ocho hijos cada familia, biológicos y huérfanos, con trato totalmente igual, y una costumbre cautivadora para empezar el día: los hijos, al empezar el día, iban a la cocina, cogían un trozo de pan y lo llevaban al padre o a la madre, al primero que se encontraban, para que se lo diera con una bendición en la boca, por haber sido el pan el alimento que Jesús consagró.

En los viajes frecuentes a África me topé por vez primera (luego ya seguiría en otros continentes) con el mundo de los misioneros católicos. Recuerdo, por ejemplo, creo que era el año 89 o 90, que me mandaron a intentar parar unas escaramuzas bélicas en la frontera entre Senegal y Mauritania. Un domingo me fui con una persona de la delegación de la Unión Europea (no había ninguna reunión ni había nada) a la jungla y, después de varias horas en Jeep, de repente, una música como de ultratumba, de otro planeta. Eran los varios cientos de feligreses de una parroquia, en plena jungla senegalesa, cantando en la misa dominical. Pues bien, tres sacerdotes italianos, con carreras, con personalidad fuerte, todas las condiciones para haber triunfado en este mundo, estaban allí en el total anonimato, de misioneros, catequistas, enfermeros, profesores y factótum de una misión de dos o tres mil personas en plena jungla senegalesa.

Después de ese periodo bruselense, fui destinado a Santiago de Chile para encargarme de la embajada en Chile y en Argentina, dos países que salían de unos periodos de dictadura y que recobraban la democracia, la restauraban, con gran apoyo económico de la Unión Europea. No solo para proyectos gubernamentales, sino también muchísimo para ONG. Ahí vi lo que era el mundo de las ONG, de los laicos y los religiosos que trabajaban en las ONG, también en el anonimato, también con una extraordinaria abnegación. Hasta me llamaron la atención desde Bruselas porque prácticamente todas las ayudas a ONG iban a ONG católicas, pero yo daba argumentos fácticos sobre la utilización de los fondos, sobre el mantenimiento de los proyectos a largo plazo...es decir, argumentos objetivos que lo justificaban. Cáritas Chile,

que lo llevaba un sacerdote italiano, Baldo Santi, que había llegado de muy joven con su mamá, con su madre, y que había convertido a Cáritas en un imperio que no solo abarcaba el territorio continental de Chile, sino que tenía proyectos hasta en las islas; por ejemplo, en la isla de Juan Fernández, que es donde pasó la verdadera historia del marino que inspiró al Robinson Crusoe de la novela de Daniel Defoe, y donde Cáritas montó un proyecto de huertos familiares dando las semillas y la formación para que no se alimentaran solo de marisco.

Allí conocí también una ONG maravillosa, Hogar de Cristo, que la fundó un santo, San Alberto Hurtado Cruchaga, el primer santo chileno –la segunda ha sido santa Teresa de los Andes–, y que era un santo contemporáneo políglota, polititulado (filosofía, teología, psicología): Santiago de Chile, Barcelona, Lovaina. Creó una ONG, El Hogar de Cristo, que se financia de una manera que sería digna de imitar en España, por las coronas de caridad. Cuando una persona fallece, en Chile nadie manda flores, se contacta con El Hogar de Cristo y se dice: “50 pesos, 100 pesos, 1.000 pesos, 5.000 pesos”. Y le mandan un folio en colores con una frase y con el nombre de la persona, con lo cual, como la contribución es de cualquiera, no solo del que tiene los 40, 50, 60 euros para una corona de flores, sino del que tiene un euro, todos los conocidos, amigos, familiares, compañeros de trabajo del fallecido mandan una corona de caridad. El féretro está totalmente cubierto de esas coronas y con eso se financia una ONG, El Hogar de Cristo, omnipresente en todos los lugares donde hay pobreza, donde hay sufrimiento en Chile.

Otra ONG que recuerdo es Fide 12 (*Fide: fe*), 12, el nombre de la región más meridional de Chile, la Patagonia. Al frente de la misma, un obispo salesiano legendario 32 años estuvo: Tomás González, que había montado un gobierno paralelo con esta ONG. Se reunían con una media de 35 años, con departamento de agricultura y ganadería, de pesca, de artesanado, de vivienda y complementaban totalmente la acción de un Gobierno que, antes de la transición, prácticamente no invertía nada en temas sociales. De eso se ocupaba en la Patagonia la Iglesia católica y, concretamente, Fide 12.

En el otro extremo del país, en el desierto de Atacama, conocí a unas religiosas de Santa Marta, una congregación que yo no había oído nunca antes de ir por allá, con las que, cuando iba a pasar unos días de vez en cuando para preparar conferencias o para lo que fuera, solía ir por las tardes a misa y hablar con ellas. Siempre me acababan invitando a cenar. Una de ellas se llamaba Isabel de Alderete. Alderete, Jerónimo de Alderete, era el adelantado que acompañó a Pedro de Valdivia en 1540 en la conquista de Chile desde el virreinato de Perú. Con ese apellido, con la educación que tenía y con la

pinta que tenía, podría haber llegado a lo que quisiera en Chile. Un día se lo dije: “Pero con este apellido, con lo aristócratas que son los chilenos, ¿usted sabe en Santiago lo que podría conseguir?”. Y dice: “Soy la mujer más feliz del mundo”. Era la mujer más feliz del mundo, cuidando a ancianos atacameños a los que les hacía la casa, la comida, les cuidaba, les lavaba, les hacía la medicina, etcétera. Mantuve el contacto y al cabo de unos años me escribió: “Cuando vayas al oasis de Pica, en el desierto de Atacama, no me encontrarás. Estoy en un hogar de ancianos en la Amazonía brasileña profunda”.

De ahí paso a Alicante, que fue designada sede de una agencia de la Unión Europea, de la que ha resultado ser la agencia principal en presupuesto y en efectivos, casi 1.500 funcionarios ahí en lo que es la Oficina de Propiedad Industrial de la Unión Europea, en Alicante. En estos años, básicamente, la vida en lo social para mí ha sido con dos organizaciones: el centro Loyola de Alicante y ACOMAR. El centro Loyola de Alicante, en el corazón del casco antiguo, es la sede gratuita o semigratuita de unas cincuenta ONG que tratan con la pobreza y la marginalidad con arreglo a las prioridades que tiene la Compañía de Jesús desde la época de Pedro Arrupe. Ahí me he ocupado durante unos cuantos años en el departamento de cultura y teología y sigo colaborando en lo mismo. Y en cuanto a ACOMAR, acrónimo de Asociación de Comunidad de Marginados, los sintecho de Alicante, es una ONG de iniciativa totalmente laical. Un guardia civil prematuramente jubilado, su esposa y una señora que era secretaria en la delegación en Alicante de un ministerio, crearon hace unos 25 años un centro para asistencia –primero sin ubicación física, simplemente en la calle– a los mendigos que estaban tirados por las calles de Alicante. Pues bien, durante más de 25 años ACOMAR ha abierto sus puertas todos los días para los sintecho, los mendigos de Alicante, sin excepción. 25 años, incluida Navidad, incluso fin de año. Todos los días se recibe a 30, 40, 50, 60 personas, no solo para ayudarles a salir de su postración material y física, sino también, con mucho apoyo de oración (esa es la nota clave) y con muchísima paciencia a recuperar la dignidad, la autoconfianza, la esperanza que han perdido en los recovecos de la vida.

Y ahora ya entro, y cierro con esto, en la etapa final. En 2010, viaje al norte de la India, concretamente a Calcuta, para hacer un periodo de voluntariado con las misioneras de la caridad de madre Teresa. Allí conozco a un español que lleva 15 años, Antonio. Nos hacemos amigos, compartimos actividades y cuando voy a regresar, me espeta, de sopetón: “Oye, ¿por qué no escribes un libro sobre la madre, que se cumple el centenario de su nacimiento?”. Y yo digo: “Este no se ubica. No se dará cuenta de que ni remotamente soy una persona adecuada para eso”. Pero es que vuelvo a España y cada mes, matemá-

ticamente, me manda un correo electrónico: “¿Cómo va el libro?”. Le contesto sobre otros temas, pero no sobre ese. Al cabo de un año, tengo que ir a Filipinas para la bendición de una iglesia que se había financiado desde Alicante, decido aprovechar el viaje y pasar tres semanas en Calcuta. De nuevo reanudamos la amistad y, cuando voy a regresar, lo mismo: “Oye, ¿y el libro?”. De nuevo, la callada por respuesta, pero de nuevo, cuando regreso, esos *mails*, esos correos electrónicos en los que, con puntualidad milimétrica, me pregunta que cómo va el libro. No le contesté jamás, porque ni por un segundo consideré la posibilidad de escribir un libro sobre este tema, sobre la madre Teresa.

Viene al cabo de dos años del encuentro inicial a Alicante, a España, a renovar el visado. Le invito a Alicante y un día que vamos a Elche, un día lluvioso y desapacible, me dice antes de entrar en la Basílica de Santa María, la del Misteri: “A la salida tenemos que hablar de un tema muy importante”. Y digo: “¿Qué mosca le habrá picado a este? Es capaz de casarse a los cincuenta y tantos o alguna cosa rara”. En fin, nos vamos a una cafetería y digo: “¿Qué era eso tan importante?”. Y me dice con un tono auténticamente compungido: “¿Qué pasa con ese libro? Estoy tan preocupado... Pasa el tiempo y veo que no te lo tomas en serio”.

En ese momento, de un instante a otro, sentí que lo iba a hacer. Saqué, sin embargo, mi batería de justificaciones para no haberlo hecho. “No tengo tiempo; no tengo la preparación adecuada para escribir sobre una santa; no la he conocido en persona, cuando muchas personas sí, porque murió en el año 97; ni siquiera soy voluntario más que ocasional de su movimiento y, encima, si te vas a La Casa del Libro de Madrid o a la delegación misma de Alicante, te darás cuenta de que se ha escrito muchísimo sobre ella. ¿Qué va a hacer un pelanas de Alicante añadiendo un refrito más, cogiendo de aquí y de allá?”. Y dice: “Bueno, se ha escrito mucho sobre ella, no. Se ha escrito sobre sus obras. Sobre la persona detrás de las obras se ha escrito poquísimo y, sobre todo, nadie ha dado la palabra a las personas que la trataron en la cotidianeidad. Esas personas, por ley de vida, algún día se morirán y se llevarán su testimonio, sus impresiones de ella a la tumba”. Me dijo: “Yo he hablado con algunas de esas personas y, por la amistad que tiene, tiene una obra admirable en Calcuta, un dispensario médico gratuito, una casa para 30 niñas de la calle, etcétera; por la amistad que tenemos, me han dicho que nos darían entrevista”. Digo: “Ganas. Dos años ha costado, ganas”. Al día siguiente pedí el visado, el billete y mes y medio de vacaciones en mi oficina con cargo a los varios meses que tenía acumulados. Salió un libro, *Teresa de Calcuta, la persona*, que me ha cambiado la vida. Yo no pensaba quedarme de brazos cruzados en la jubilación. Lo último que tenía intención de hacer era ponerme un chándal

y bailar el foxtrot en Benidorm. Pero es que no ha habido necesidad de que me niegue a ponerme el chándal y bailar el foxtrot en Benidorm, puesto que son ya 70 conferencias sobre la madre Teresa por España; alguna invitación para el extranjero pendiente. Por evolución del tema, conferencias ahora sobre las cuatro Teresas, conferencias en colegios, parroquias, etcétera, sobre temas ya de lo más variopinto y un libro que acabo de terminar sobre el hecho religioso en Cuba. Libros en espera, que me han pedido ya por encargo, un par; no solo sobre temas religiosos, sino sobre temas políticos, sociales, pero que tienen una trascendencia o en donde se pueden insuflar valores. En fin, que fueron dos años los que me resistí y bendigo el día en que empecé a escribir sobre la madre Teresa de Calcuta, porque me ha dado un contenido a la vida posprofesional auténticamente extraordinario.

Gracias.

[Aplausos]

Carmen Cordero - Muchas gracias, Fernando.

Y por último, Vicente.